

—respondió la viuda.—Ayer, sin ir más lejos, ante el cadáver de mi esposo, me vinisteis á insultar por el atraso el pago del alquiler.

Seguidamente, la patrona hizo observar con mucha lógica “que había invitado á ciertas personas,” pero que aquellas “ciertas personas” no habían acudido á su invitación porque eran nobles y no podían ir á casa de una señora que no era de su clase.

A lo que su interlocutora objetó que una cocinera no tenía motivos para juzgar de la verdadera nobleza.

Amalia Ivanovna, muy picada, replicó que su “vater” era un hombre importantísimo en Berlín, que se paseaba con las manos en los bolsillos y haciendo continuamente: “¡Puf, puf!”

Entre las risas de la concurrencia, se entabló una discusión lo más reñida; cada mujer hablaba de su padre. Respondiendo á una observación de Catalina Ivanovna, quien decía que quizá la patrona no había tenido padre, pues que no se sabía de fijo cuál era su nombre patronímico, si Ludwigozna ó Ivanovna, la aludida, fuera de sí, exclamó, golpeando la mesa con el puño, que no era Ludwigozna, sino Ivanovna; que su “vater” se llamaba Jöhann y que había sido juez, lo que no fué nunca el de Catalina Ivanovna.

Esta se levantó, y con voz tranquila, que desmentía la palidez de su rostro y la agitación de su pecho:

—Si volvéis á atreveros—dijo—á comparar á mi padre con vuestro miserable “vater,” os arrancaré vuestro gorro y lo pisotearé.

Al oír aquellas palabras, Amalia Ivanovna empezó á correr por la estancia, gritando con todas sus fuerzas

que era la propietaria y que Catalina Ivanovna saldría en aquel momento de su casa, y se apresuró á recoger sus cubiertos de plata, que estaban sobre la mesa.

Siguió una confusión, un escándalo indescriptible; los niños rompieron á llorar; Sonia avanzó hacia su madrastra, para impedir que cometiera alguna violencia; pero Amalia Ivanovna, súbitamente, lanzó una alusión al “billete amarillo;” oyendo lo cual, Catalina Ivanovna rechazó con furia á la joven y se dirigió á la patrona, decidida á arrancarle el gorro.

En aquel mismo instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció Pedro Petrovitch Lugin. Este paseó una mirada severa sobre toda aquella reunión.

Catalina Ivanovna corrió hacia él.

III

—¡Pedro Petrovitch!—gritó,—¡protegedme! Haced comprender á esta necia que no tuvo derecho para hablar como lo ha hecho á una señora noble y desgraciada; que esto no está permitido..... ¡Me quejaré al gobernador!... En recuerdo de la hospitalidad que recibirais en casa de mis padres, servid de apoyo á mis huérfanos.

—Permitid, señora..... Permitid, permitid, señora—dijo Lugin con cierto ademán, intentando desasirse de la viuda.—No tuve el honor, como sabéis, de conocer á vuestro papá..... (alguien se echó á reír

ruidosamente) y no creo oportuno tomar parte en vuestros continuos altercados con Amalia Ivanovna..... Vengo aquí para un asunto personal..... Deseo tener una inmediata explicación con vuestra hijastra Sofía..... Ivanovna..... ¿No se llama así? Permittedme pasar.....

Dejando á la puerta al ama de la casa, Pedro Petrovitch se dirigió hacia el extremo de la habitación en que se hallaba Sonia.

Catalina Ivanovna quedóse como clavada en el suelo. No podía comprender que Pedro Petrovitch negara haber sido huésped de su padre. Aquella hospitalidad, que sólo existía en su imaginación, para ella se había convertido en artículo de fe. Y lo que más la sorprendía era el tono seco, altanero y hasta amenazador de Lugin.

El silencio reinó en cuanto apareció éste. Todo el mundo comprendió que sólo un motivo de excepcional gravedad podía explicar la presencia de aquel personaje en semejante sitio; de consiguiente, todos esperaban un acontecimiento.

Rascolnikof, que estaba junto á Sonia, se apartó para dejar paso á Pedro Petrovitch, quien fingió no ver al joven.

Un instante después apareció Lebeziatnikof; pero en lugar de entrar en el aposento, quedóse á la puerta, escuchando curiosamente, sin lograr comprender de qué se trataba.

—Perdonad que turbe vuestra reunión; pero me veo obligado á ello por un asunto importante—comenzó Pedro Petrovitch, sin dirigirse á nadie en particular.—Mucho celebro explicarme ante tan numerosa

conurrencia. Amalia Ivanovna, en vuestra calidad de propietaria, humildemente os ruego que escuchéis lo que voy á hablar con Sofía Ivanovna.

Luego, dirigiéndose á la joven, extremadamente sorprendida y asustada, añadió:

•—Sofía Ivanovna, en cuanto salisteis de vuestra visita, no hace mucho, noté que me faltaba un billete de Banco de cien rublos, que se hallaba sobre una mesa del aposento de mi amigo Andrés Semenovitch Lebeziatnikof. Si sabéis lo que ha sido de dicho billete y me lo decís, ante las personas aquí reunidas os doy mi palabra de honor de que el asunto no tendrá consecuencias. En el caso contrario, forzado me veré á recurrir á más enérgicas medidas, y entonces..... sólo á vos misma os podréis quejar.

Un profundo silencio siguió á estas palabras. Hasta los niños cesaron de llorar. Sonia, pálida como una muerta, miraba á su acusador sin decir nada. Parecía no haberle comprendido. Transcurrieron algunos instantes.

—Bueno, ¿qué respondéis?—preguntó Lugin, observando atentamente á la joven.

—No se... no sé nada...—respondió ella con voz débil.

—¿No? ¿No sabéis nada?—preguntó Pedro Petrovitch, agregando al instante:—Pensad, señorita; reflexionad; os doy tiempo. Si yo no me hallara seguro de lo que digo, me guardaría mucho de hacer acusación semejante; mi experiencia es mucha para exponerme á un proceso por calumnia..... No vacilo en acusaros, por vuestra negra ingratitud. ¡Cómo! Os llamo porque

me intereso por vuestra madrastra, os hago un donativo de diez rublos, ¿y me pagáis así?

—¡Eso no es honrado! Necesitáis un correctivo. Reflexionad. Os suplico como buen amigo; decídmela verdad; es lo mejor que podéis hacer. ¡De lo contrario, seré inflexible! ¡Qué! ¿No confesáis?

—No os he quitado nada—murmuró, aterrada, Sonia.—Me disteis diez rublos, aquí están; tomadlos.

La joven sacó el pañuelo del bolsillo, deshizo un nudo hecho en una de las puntas, tomó el billete de diez rublos y lo ofreció á Lugin.

—¿Conque persistís en negar el robo de los cien rublos?—dijo él en tono de reconvencción y sin tomar el billete.

Sonia paseó la mirada en derredor, y vió que todos los rostros ofrecían una expresión severa, indignada ó burlona.

Miró á Rascolnikof. . . .

En pie, apoyado contra la pared, cruzado de brazos, miraba con ojos ardientes.

—¡Dios mío!—gimió ella.

—Amalia Ivanovna, será necesario avisar á la policía; en consecuencia, humildemente os ruego que hagáis subir al portero—dijo Lugin en voz dulce y afectuosa.

—“Gott der Carmherzig!” ¡Ya sabía yo que era una ladrona!—exclamó Amalia Ivanovna palmoteando.

—¿Lo sabíais?—preguntó Pedro Petrovitch.—Luego anteriores hechos os obligaron á deducir esa conclusión. Os ruego, muy honorable Amalia Ivanovna, que recordéis las palabras que acabáis de pronunciar. Por otra parte, hay testigos.

Se cuchicheaba vivamente aquí y allá.

—¡Cómo!—exclamó Catalina Ivanovna, saliendo súbitamente de su estupor.

Y, en un rápido movimiento, lanzóse hacia Lugin.

—¡Cómo! ¡La acusáis de robo! ¿Ella? ¿Sonia? ¡Oh, vil, vil!

Luego se dirigió hacia la joven y la estrechó fuertemente entre sus brazos descarnados.

—¡Sonia! ¿Cómo pudiste aceptar diez rublos de ése? ¡Oh bestia! ¡Dáselos! ¡Devuélvele inmediatamente ese dinero! ¡Toma!

Catalina Ivanovna tomó el billete de manos de su hijastra, lo estrujó entre los dedos y lo arrojó al rostro de Lugin.

El papel, hecho una bola, le rebotó y cayó al suelo. Amalia Ivanovna apresuróse á recogerlo. El hombre de negocios montó en cólera.

—¡Detened á esa loca!—gritó.

—¿Loca? ¿A mí me tratas de loca, imbécil?—vociferó Catalina Ivanovna.—¡Tú sí que eres un idiota, un vil, un hombre ruin! ¡Sonia robarte! ¡Sonia ladrona! Pero ¡si más bien te daría dinero, imbécil!

Y Catalina Ivanovna rió nerviosamente.

—¿Visteis qué estúpido?—agregó, yendo de uno á otro individuo y mostrándoles á Lugin.

De repente tropezó su mirada con la persona de la propietaria.

—¡Cómo! ¡Tú también, tocinera; tú también, infame prusiana, pretendes que es una ladrona! ¿Es posible? ¡Pero si no ha salido de aquí! ¡Si al salir de tu habitación, granuja, ha venido á sentarse á la mesa! ¡Todos lo han visto! Se ha sentado junto á Rodion

Romanovitch. . . . ¡Registradla! Puesto que á ninguna parte ha ido, encima tendrá el dinero. ¡Busca, pues; busca! Pero si no encuentras nada, responderás de tu conducta, querido mío.

Sin esperar á que lo hiciera nadie, y sin dejar de hablar, Catalina empezó á vaciar los bolsillos de Sonia, y no contenta con esto, volvía y mostraba los forros.

Al volver el derecho, cayó de él un papelito que, describiendo un círculo en el aire, fué á caer á los pies de Pedro Petrovitch.

Todos lo vieron; muchos gritaron.

Lugin se inclinó al suelo, recogió el papel y lo dobló.

¡Era un billete de cien rublos!

Pedro Petrovitch lo enseñó á todos, para que ninguna duda quedara respecto á la culpabilidad de Sonia.

—¡Ladrona! ¡Fuera de aquí! ¡A la policía! ¡á la policía!—rugió Amalia Ivanovna.—¡Debe ir á Siberia! ¡A la calle!

De todas partes salían exclamaciones.

Rascolnikof, silencioso, no dejaba de mirar á Sonia sino para lanzar, de vez en cuando, una ojeada rápida sobre Pedro Petrovitch.

Inmóvil en su sitio, la joven parecía atontada, más que sorprendida.

De pronto, sonrojóse y cubrióse el rostro con las manos.

—¡No, no soy yo! ¡Yo nada he cogido! ¡No sé nada!—exclamó con voz desgarradora.

Y se precipitó hacia Catalina Ivanovna, que abrió sus

brazos, como un asilo inviolable, á la desgraciada criatura.

—¡Te creo, Sonia, te creo! ¡A él no!—gritaba Catalina Ivanovna, rebelde á la evidencia, sin dejar de acariciar á su hijastra.—¡Tú robar! Pero ¡qué necia es esta gente! ¡Burros, bestias!—agregaba, dirigiéndose á todos los circunstantes.—¡No sabéis todavía lo que es un buen corazón, lo que vale esta joven! ¡Ella robar! ¡Vendería su última prenda, iría descalza para socorreros! ¡Así es ella! ¡Le dieron el billete amarillo porque mis hijos se morían de hambre y quiso evitarlo! ¡Se vendió por nosotros! ¡Dios mío!. . . . ¡Pero defendidla, en vez de permanecer impasibles! Rodion Romanovitch, ¿por qué no la defendéis? ¡Con ser tantos como sois, no valéis lo que su dedo meñique! ¡Señor!. . . . ¡Defendidla!

Las lágrimas, las súplicas, la desesperación de aquella pobre mujer parecieron causar profunda impresión á todos. Aquel rostro de tísica, sus labios secos y su voz angustiada, expresaban un sufrimiento tan doloroso, que hubiera sido difícil no conmoverse. Pedro Petrovitch tuvo mejores sentimientos.

—Señora—dijo solemnemente,—en nada os conciérne este asunto. Tampoco se os acusa de complicidad; vos misma hallasteis el billete en sus bolsillos, circunstancia que prueba vuestra inocencia. Más aún. Estoy dispuesto á mostrarme indulgente por una acción cometida á impulsos de la miseria; pero, señorita, ¿por qué no confesáis? ¿Teméis la deshonra? ¿Era vuestro paso primero? ¿Es que habíais perdido la razón? La cosa se comprende, se comprende muy bien. . . . ¡No obstante, debéis pensar á lo que os exponáis!. . . . ¡Se-

ñores!—dijo á los asistentes.—Movido á compasión, dispuesto estoy á conceder mi perdón, olvidando los insultos que se me han dirigido.

Luego añadió, volviéndose otra vez hacia Sonia:

—Señorita, que la humillación de hoy os sirva de lección para el porvenir. No tendrá consecuencias este hecho. Las cosas quedarán en tal estado. Hemos concluído.

Pedro Petrovitch dirigió una mirada á Rascolnikof. Los ojos se encontraron; llamas ardientes lanzaban los del joven. En cuanto á Catalina Ivanovna, parecía no haber oído, y continuaba abrazando á Sonia con una especie de frenesí.

Imitando á su madre, los niños estrechaban á la joven con sus bracitos. Sin comprender de qué se trataba. Poletchka sollozaba de un modo que partía el corazón.

De repente, en el umbral del aposento resonó una voz sonora.

—¡Qué bajeza!

Pedro Petrovitch volvióse vivamente.

—¡Qué bajeza!—repitió Lebeziatnikof, mirando fijamente á Lugin.

Este experimentó como un estremecimiento, del que todos se dieron cuenta. (Luego lo recordaron.)

Lebeziatnikof penetró en la habitación.

—¿Qué significa esto, Andrés Semenovitch? ¿De qué habláis?—balbuceó Lugin.

—¡Significa que sois un..... calumniador!—replicó con ira Lebeziatnikof.

Estaba encolerizado, y al mirar á Lugin, sus ojos enfermos ofrecían una expresión de dureza inusitada.

Rascolnikof escuchaba con avidez, fija la mirada en el rostro del joven socialista.

Reinó silencio. En el primer momento, Pedro Petrovitch se sintió casi desconcertado.

—¿Es á mí á quien?.....—tartamudeó.—¿Qué os pasa? ¿Estáis en vuestro juicio?

—Sí, soy un hombre cuerdo.... ¡y vos un..... canalla! ¡Ah, cuán bajo sois! Todo lo oí; si no hablé antes, fué porque quise oírlo todo. Confieso que aún hay algo que no acierto á comprender. Ya me pregunto: ¿por qué habéis hecho esto?

—Pero ¿qué es lo que hice? ¿Concluiréis pronto con vuestros enigmas? ¿O estáis borracho?

—¡Miserable! ¡Si alguien ha bebido, con seguridad que fuisteis vos! La embriaguez es contraria á mis principios. Figuraos que él mismo, con sus propias manos, dió el billete á Sonia. ¡Lo he visto, soy testigo, lo declararé bajo juramento! ¡El, él!—repitió Lebeziatnikof, dirigiéndose á todos y á cada uno.

—¿Estáis loco?—exclamó vivamente Lugin.—Ella misma ha afirmado que no recibió de mi mano sino diez rublos. ¿Cómo había de darla más?

—¡Lo he visto, lo he visto!—repitió con energía Lebeziatnikof.—Y aun cuando ello sea opuesto á mis ideas, estoy pronto á jurar ante un tribunal. ¡Os he visto ponerle el billete en el bolsillo! Sólo que me figuré que obrabais generosamente. En el momento en que de ella os despedíais, deslizasteis el billete en su bolsillo. ¡Lo vi, lo vi con mis ojos!

Lugin palideció.

—¿Qué fábula es ésa?—replicó, de un modo insolente.—Hallándoos cerca de la ventana, ¿cómo pu-

disteis ver el billete? Vuestros ojos os engañaron y fuisteis juguete de una ilusión.

—¡No! Lo vi bien, no obstante la distancia. Desde la ventana, en efecto, era difícil distinguir el papel. Pero había notado que en la mano teniais un billete de cien rublos. Os lo vi doblar y guardar en el puño cerrado cuando disteis á Sonia el de diez rublos. ¡Lo he visto!

Lebeziatnikof se sofocaba de indignación. De todas partes surgían diversas exclamaciones, en su mayoría de admiración; pero algunas sonaban á amenaza. Los asistentes se agolpaban en torno de Pedro Petrovitch.

Catalina Ivanovna se lanzó hacia Lebeziatnikof.

—¡Andrés Semenovitch, ahora os conozco! ¡La defendéis! ¡Sois el único que la apoyas! ¡Dios os mandó en auxilio de la pobre huérfana! ¡Andrés Semenovitch, querido amigo mío, “batuchka!”

Y Catalina Ivanovna, casi sin conciencia de lo que hacía, se arrodilló ante el joven.

—¡Eso son necedades!—vociferó Lugin, lleno de cólera.—¡Sólo estáis diciendo estupideces, caballero! ¿Conque aseguráis que yo puse en su bolsillo el billete de cien rublos? ¿Para qué? ¿Con qué objeto? ¿Qué tengo de común con esta.....?

—¿Para qué? Eso es lo que no comprendo. Me limito á contar lo ocurrido, sin pretender explicar nada; ¡pero garantizo la completa exactitud de lo que afirmo! Tan cierto es que no me engaño, hombre vil y criminal, que recuerdo haberme hecho una pregunta en el momento en que os felicitaba estrechándoos la mano. Me pregunté por qué habíais hecho tal regalo de un modo clandestino. Probablemente—me dije—habrá tratado

de ocultarme su buena acción, sabiendo que por convicción soy enemigo de la caridad privada. Luego pensé que quizá trataríais de dar una sorpresa á Sofia Semenovna, y temiendo que perdiera el billete, vine aquí. ¡Y aquí he presenciado lo ocurrido!

Las palabras de Andrés Semenovitch produjeron un efecto extraordinario. El acento de sinceridad con que las pronunciara convenció á todos de que decía la verdad.

Pedro Petrovitch comprendió que el incidente se ponía mal para él.

—¡Qué me importan á mí esas sandeces!—exclamó.—¡No prueban nada! ¡Pudisteis soñar todo eso!..... ¡Os digo que mentís, caballero! ¡Mentís, me calumniáis por odio! ¡Me tenéis rencor porque no apruebo el radicalismo impío de vuestras doctrinas antisociales!

Pero lejos de redundar en su provecho, semejante ataque no hizo otra cosa que provocar murmullos en torno suyo.

—¿Es eso lo que respondes? ¡No es mucho!—replicó Lebeziatnikof.—¡Llama á la policía! ¡Juraré! Sólo una cosa hay obscura para mí: el motivo que te ha impulsado á cometer tan baja acción. ¡Oh miserable, infame!

Rascólnikof salió de entre la multitud.

—Yo puedo explicar su conducta, y, á ser preciso, también prestaré juramento—dijo con voz firme.

A primera vista, la tranquila seguridad del joven probó á los circunstantes que conocía el porqué del asunto, y que aquel embrollo tocaba á su desenlace.

—He podido comprenderlo todo—siguió Rascólnikof, quien se dirigió directamente á Lebeziatnikof.—

Desde el principio del incidente había adivinado una innoble intriga; mis sospechas se fundaban en ciertas circunstancias conocidas sólo por mí, circunstancias que voy á revelar, porque presentan este asunto bajo su aspecto verdadero. Vos, Andrés Semenovitch, vos hicisteis luz en mi cerebro con vuestras palabras. Ruego á todos que me escuchen. Este caballero—continuó, señalando á Lugin—pidió hace unos días la mano de mi hermana. Ha poco llegado á San Petersburgo, anteayer fué á mi casa á visitarme..... Pero en nuestra primera entrevista disputamos, y yo le arrojé á la puerta, como pueden afirmarlo dos testigos. Este hombre es malo..... Anteayer di algún dinero á Catalina Ivanovna, para que ésta pagara los funerales de su esposo. El señor, que había presenciado mi acción, escribió á mi madre y á mi hermana que yo había dado dinero, no á Catalina Ivanovna, sino á Sofia Semenovna; á la vez calificaba á esta joven en los términos más injuriosos, y daba á entender que yo tenía con ella íntimas relaciones. Su objeto, como comprenderéis, era hacerme reñir con mi familia, insinuándoles que gasto en vicios el dinero de que se privan para subvenir á mis necesidades. Anoche, en una entrevista que tuve con mi madre y con mi hermana, entrevista á la que él asistía, restablecí la verdad de los hechos por él desnaturalizados. Y él, furioso al ver que con sus calumnias no obtenía el resultado que deseaba, insultó groseramente á mi madre y á mi hermana. Siguió á esto una ruptura definitiva, y le arrojé de mi casa. Reflexionad ahora, y comprenderéis qué interés tenía en establecer la culpabilidad de Sonia. Si hubiera conseguido hacerla aparecer como ladrona, yo hubiera sido cul-

pable á los ojos de mi madre y de mi hermana, puesto que había pretendido ponerlas en contacto con una mujer criminal; y él, por el contrario, habría reconquistado la consideración de mi madre y de su prometida. En resumen, para él era éste un medio de enemistarme con mi familia y de volver al favor de los míos. A la vez se vengaba de mí, pensando que me interesa vivamente el honor y la tranquilidad de Sofia Semenovna. ¡He aquí el cálculo que se hacía! ¡He aquí cómo se explica todo! ¡Tal es la razón de su conducta!

—¡Sí, sí; es verdad!—se apresuró á reconocer Lebeziatnikof.—Debéis tener razón, porque en el momento en que Sofia Semenovna entró en nuestro aposento, me preguntó si estabais aquí, si os había visto entre los huéspedes de Catalina Ivanovna. Y me lo preguntó en voz baja, para que Sonia no lo oyera. ¡Luego tenía necesidad de que estuviérais presente! ¡Sí, eso es!

Lugin, muy pálido, permanecía silencioso y sonreía con desdén. Parecía buscar un medio para salir del apuro. Se hubiera marchado inmediatamente, pero la retirada era casi imposible; marcharse equivalía á reconocerse culpable del delito de calumnia.

Por otra parte, la actitud de los presentes, excitados á causa de sus copiosas libaciones, no era tranquilizadora. Alguien proponía ciertas medidas muy desagradables respecto á Lugin. Los tres polacos, acaloradísimos, no dejaban de proferir amenazas.

Sonia lo escuchaba todo con atención; parecía no haber recobrado su presencia de ánimo; hubiérase creído que salía de un desvanecimiento. No apartaba sus

ojos de Rascolnikof, comprendiendo que en aquel joven estaba todo su apoyo.

Catalina Ivanovna parecía sufrir mucho; cada vez que respiraba, un ronco sonido se escapaba de su pecho.

La patrona parecía no comprender nada de aquello, y con la boca abierta, miraba como atontada.

Lo único que veía era que Pedro Petrovitch había dado un mal paso.

Rascolnikof quiso hablar de nuevo, pero no pudo hacerse oír.

De todas partes salían insultos y amenazas contra el hombre de negocios, á cuyo alrededor se había formado un grupo tan hostil como compacto.

Lugin, comprendiendo que estaba definitivamente perdido, recurrió á la desvergiencia.

—Permitid, señores, permitid. . . . No os ofusquéis de ese modo. Dejadme pasar—dijo, tratando de escapar por entre la multitud.—Os aseguro que es inútil que tratéis de intimidarme con vuestras amenazas; no me asustan. Vosotros, por el contrario, responderéis á la justicia de la protección que dispensáis á un acto criminal. El robo está perfectamente probado, y lo denunciaré. Los jueces son personas despiertas. . . . y no están borrachos; rechazarán el testimonio de dos impíos, de dos revolucionarios desprestigiados, que me acusan con ánimo de venganza, como ellos mismos reconocen neciamente. . . . ¡Sí, permitid!. . . .

—No quiero ni respirar el mismo aire que vos, y os ruego abandonéis inmediatamente esta habitación. ¡Todo ha concluído entre nosotros! ¡Cuando pienso que

hace quince días sudé sangre para exponerle mis teorías!. . . .

—No hace mucho, Andrés Semenovitch, os anuncié yo mismo mi partida; recordad que insistíais en que viviera á vuestro lado. Me limitaré á deciros, para responder á lo que ahora me decís, que sois un imbécil. ¡Os deseo la curación de vuestro juicio y de vuestros ojos! ¡Señores, permitidme!

Logró abrirse paso; pero alguien, encontrando que los insultos no eran castigo suficiente, cogió un vaso y lo lanzó con todas sus fuerzas á la cabeza de Pedro Petrovitch. Por desgracia, el proyectil disparado contra Lugin alcanzó á Amalia Ivanovna, que empezó á exhalar gritos penetrantes.

Naturalmente tímida, Sonia sabía qué su situación la exponía á todos los ataques y que cualquiera podía vejarla casi impunemente. Hasta entonces había pensado desarmar á la malevolencia á fuerza de circunspección, de dulzura, de humildad. Pero su ilusión se desvanecía en aquel instante. Sin duda que tenía paciencia suficiente para soportar aquello con resignación y sin murmurar; mas, por el momento, la decepción era demasiado cruel. Aun cuando su inocencia hubiera triunfado de la calumnia; aun cuando su espanto primero hubiese pasado; aun cuando se hallara en situación de comprender las cosas, su corazón se oprimió dolorosamente al pensar en su abandono, en su aislamiento en la vida, y experimentó una crisis nerviosa. Por fin, no siendo ya dueña de sí, huyó de aquella casa y se dirigió á su domicilio á toda prisa. Su partida tuvo lugar instantes después que la de Lugin.

Lo ocurrido á Amalia Ivanovna había producido risa

general; la patrona tomó el lance muy á mal, y se volvió encolerizada contra Catalina Ivanovna, que, vencida por el dolor, se había echado en la cama.

—¡Idos de aquí! ¡En seguida! ¡Al momento! ¡Fuera!

Pronunciando estas palabras con voz irritada, la señora Lippevezh cogía todos los objetos pertenecientes á su inquilina y los arrojaba contra el suelo.

Aniquilada y desfallecida, la pobre Catalina Ivanovna. Pero la lucha era demasiado desigual; la patrona no hubo de trabajar mucho para rechazar aquélla, na se echó fuera de la cama y se lanzó sobre Amalia asalto.

—¡Cómo! ¡No basta haber calumniado á Sonia! ¡Esta criatura la toma ahora conmigo! ¡El mismo día del entierro de mi esposo me arroja de su casa, después de recibir mis atenciones! ¡Me lanzan á la calle con mis hijos! ¿Y á dónde iré?—sollozaba la infeliz.—¡Dios mío!—exclamó de pronto, levantando al cielo sus ojos resplandecientes.—¿Es posible que no haya justicia? ¿A quién defenderás, si no nos defiendes, si no eres el amparo de los pobres huérfanos? Pero ¡nos veremos! ¡Jueces y tribunales hay en la tierra! ¡Me dirigiré á ellos! ¡Espera un poco, criatura despiadada! Poletchka, quédate aquí con los niños, que al instante vuelvo. ¡Esperadme á la puerta, si os arrojan á la calle! ¡Veremos si hay justicia en el mundo!

Catalina Ivanovna se puso aquel pañuelo “de señora” que en su relato mencionara Marmeladof, y, cruzando por entre la multitud, con el rostro inundado de lágrimas, bajó la escalera, resuelta á encontrar, costara lo que costase, la justicia que deseaba.

Horrorizada Poletchka, estrechó en sus brazos á sus

hermanitos; los tres niños, en montón cerca del cofre, esperaron, temblorosos, el regreso de su madre.

La patrona parecía una furia; iba y venía por el aposento, aullando de rabia y tirando al suelo cuanto hallaba á mano. Por lo que hace á los invitados, comentaban el suceso, disputaban unos, cantaban los demás.....

—Tengo que marcharme ya—pensó Rascolnikof.—
Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis.

Y se dirigió á casa de la joven.

IV

Rascolnikof había defendido valientemente á Sonia, aun cuando una gran parte de inquietudes y cuidados tuviese para él el lance ocurrido. Independientemente del interés que la joven le inspirara, con alegría había aprovechado la ocasión, después de la tortura de la mañana, de ahuyentar insoportables impresiones. Por otra parte, su próxima entrevista con Sonia le preocupaba, le asustaba por momentos: “debía revelar la que había asesinado á Isabel, y presintiendo cuanto de penoso había en su propósito, se esforzaba en apartarle de su pensamiento.

Cuando, al salir de casa de Catalina Ivanovna, se dijo: “Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis,” era el combatiente excitado por la lucha, pensando todavía en su victoria sobre Lugin, que había pronunciado la palabra de desafío. Mas, cosa singular, cuando llegó á